

Nombramientos

Profesores titulares

En Ceremonia realizada el 13 de febrero fueron proclamados como profesores titulares los doctores Rodolfo Dennis, Juan Manuel Lozano, Jairo Hidelbrando Roa, Álvaro de Jesús Ruiz, Iván Solarte, Mauricio Tawil, de la Facultad de Medicina y la Licenciada Marta Cecilia López de la Facultad de Enfermería. A continuación transcribimos el discurso pronunciado por el Dr. Álvaro Ruiz en este solemne acto.

Quiero hablar, a nombre de mis colegas, de un título que nos llena de orgullo. De un título que apreciamos y que llevamos en alto. De un título que nos diferencia de otros colegas, médicos y enfermeras, que trabajan en práctica privada.

No voy a hablar de ser Profesores Titulares. Este reconocimiento al tiempo y calidad de nuestro ejercicio docente nos honra y nos produce la satisfacción del deber cumplido.

Pero hay otro título que nos mueve, que nos es más cercano y que nos representa. El título que nos identifica y que nos marca, que dirige nuestras vidas. Las vidas que escogimos llevar. Quiero hablar del orgullo de ser, mi título preferido, Profesor Universitario.

Buenas noches.

Ser profesor, ser docente, es algo con lo que se debe nacer. El profesor “nace”. La vida que significa dedicarse a la docencia es diferente a la del ejercicio privado. No es mejor ni peor. Es diferente. Se necesita cierta dosis de altruismo, de respeto, de interés, de inocencia y deseo de volar, de amor a la ciencia y a la producción y transmisión del conocimiento.

Se necesita una actitud especial, interés por el crecimiento del conocimiento generalizable, capacidad para la comunicación, actitud permanente de búsqueda de la verdad y disposición para compartir las experiencias, para trabajar en grupo, para identificar y reforzar aspectos positivos en los alumnos, destreza para evaluar y corregir, prudencia para criticar.

Se nace profesor. Quien no lo siente en lo más profundo no puede ejercerlo. No todos pueden dedicarse a esta actividad que nos llena de satisfacción pero que nos exige profundamente. No cualquier profesional es un profesor en potencia. El profesor nace con la capacidad para hablar mientras piensa, para reflexionar en voz alta las acciones que emprenderá, para diseccionar el proceso de toma de decisiones y para transmitir ese proceso. Se equivoca quien piensa que un profesor se reemplaza con un buen profesional. Son dos clases distintas de expresiones de la conducta humana. La actitud es necesaria, y con la actitud se debe haber nacido.

Se nace profesor. Pero esto no significa que quien nazca con la actitud tenga recorrido ya el camino. El profesor, que nació, debe además hacerse. Paso a paso. Debe adquirir habilidades en la organización del pensamiento, en la percepción de las

fortalezas y debilidades de quienes esperan de él formación. Debe pulir sus destrezas, adquirir habilidades y perfeccionarlas, no sólo en el área científica sino en aspectos de comunicación, de evaluación y de transmisión de la importantísima actitud crítica.

La docencia no es un arte extinguido. Es la preocupación para que no se extinga. Y solamente quien la siente en su interior puede percibir su importancia. El arte de enseñar es no solamente el arte de despertar y estimular la curiosidad natural de las mentes jóvenes, sino la continua transmisión, la herencia a los alumnos, del propósito de satisfacer la curiosidad en adelante.

Para el profesor, la actividad es una continua evaluación de conocimientos, destrezas y actitudes. Enseñar es aprender dos veces. Para el alumno, es una oportunidad de recibir una estructura que permita en adelante la evaluación independiente y la toma de decisiones. Alguien llamaba a la educación “lo que sobrevive cuando se ha olvidado lo que se ha aprendido”. Más que informar se busca formar. Más que dejar archivos completos y extensos, se busca organizar la mente para que pueda por sí misma comprender, evaluar y generar después aspectos novedosos. Mucho aprendizaje no enseña comprensión.

No se enseñan conocimientos. Se transmiten actitudes, se hace hincapié en los aspectos importantes, a menudo no percibidos: el entorno personal y familiar del paciente, el impacto social de lo que ocurre, la evaluación ética de las consecuencias de nuestras decisiones. Se despierta y estimula la curiosidad natural, la capacidad para hacerse preguntas.

La capacidad para hacerse preguntas. Es esto lo que distingue a la mente brillante de la convencional. No generaron el desarrollo, la tecnología y los conocimientos quienes contestaron preguntas. Las generaron quienes tuvieron el mágico poder de hacer preguntas. Quienes permitieron a su mente inquieta cuestionar lo que veían y preguntarse una y otra vez ¿por qué, cuándo, cómo, cómo más?

Un buen profesor es un alma comprensiva, que no puede ser apreciado suficientemente. Recordamos con aprecio a los profesores brillantes, pero con verdadera gratitud a los que nos llegaron y tocaron nuestros sentimientos. El currículo es la materia prima necesaria, pero el verdadero elemento vital para el espíritu del estudiante es la calidez y el verdadero interés por su interior.

Se puede nacer con el interés por los demás en profundidad, por transmitir y por formar. Pero se debe cultivar ese interés y convertirlo en un profundo respeto por la mente del alumno, para moldear cuidadosamente, sin destruir, las individualidades ni la iniciativa. El buen profesor se va haciendo a sí mismo progresivamente innecesario, ya que no enseñamos: permitimos el ejercicio de pensar y lo estimulamos.

Permitimos, respetuosamente, que se evalúen los hechos. Muchas personas creen que están pensando cuando en realidad están reorganizando sus prejuicios. El profesor guía para que se haga una evaluación de los fenómenos y ofrece estímulo para que se formen, en la mente del alumno y según sus individualidades, estructuras de pensamiento y de análisis que lo guíen y le permitan acumular experiencias positivas. Experiencias reales: la experiencia no es lo que nos pasa sino lo que hacemos con lo que nos pasa.

Y como se manejan las experiencias puede aprenderse del ejemplo y de la transmisión de actitudes, destrezas y habilidades. No a través de conocimientos. De hecho, la autoridad de quienes enseñan es a menudo un obstáculo para quienes quieren realmente aprender. El profesor mediocre habla. El buen profesor explica. El profesor superior se constituye en un modelo de imitación. Pero el verdadero profesor, el maestro, es el que inspira.

Es importante que haya inquietudes y crítica, aún cierta irreverencia en los grupos que orientamos. No estamos en la universidad para adorar el conocimiento sino para cuestionarlo. Con frecuencia se desestimula y castiga la curiosidad, la crítica o la inventiva. El sistema educativo tiende a lo fácil, que significa que no se nos cuestione, que no se nos pidan explicaciones y que no se nos critique. Es un verdadero milagro que la curiosidad sobreviva a la educación formal.

Se es educado cuando se tiene la capacidad para oír casi cualquier cosa sin perder la paciencia o la autoconfianza. Por supuesto, cuando se oye con espíritu crítico y constructivo. No debemos permitir que la enseñanza formal interfiera con la educación. Ni con la curiosidad. La cura para el hastío es la curiosidad. Afortunadamente no hay cura para la curiosidad. Sólo los curiosos aprenderán pero se necesita además emprender acciones, ya que sólo los resueltos serán capaces de vencer los obstáculos. Más que el cociente intelectual debería admirarnos el cociente de curiosidad.

Una de nuestras principales preocupaciones en el mundo universitario debe ser el respeto profundo por quienes tienen la capacidad para hacer preguntas, criticar y buscar aspectos novedosos. A ese estilo lo llamamos “personalidad divergente”, la marca de quien se cuestiona inteligentemente todo lo que ve, de quien busca siempre soluciones novedosas aunque ya existan otras, de quien necesita razones para lo que se le dice o lo que encuentra, de quien parece irreverente, iconoclasta y a veces irrespetuoso porque se atreve a disentir.

Todos tenemos algo de divergentes. Nuestra labor primordial universitaria es reconocer en nosotros mismos y en los demás cuanto haya de divergencia y respetarla, estimularla y cuidarla. Es una característica vista a menudo como indeseable porque cuestiona. El divergente, que recibe críticas con talante gentil y que evalúa todo cuanto ve, está en peligro de extinción. La sociedad y en particular el ámbito académico, han puesto en peligro la mente que produce ciencia. Debería ser una bandera universitaria nunca arriada: la búsqueda permanente del conocimiento, que proviene de la mente divergente.

Mafalda supo resumir, de manera genial, el sistema educativo perfecto: alguna vez subía en ascensor a su apartamento con su hermanito Guille, cantando a voz en cuello. Una señora que iba con ellos en el ascensor los miraba con disgusto y cuando llegaron a su piso e iban a salir, les dice con fastidio: “¡cómo se nota que sus padres no les enseñaron urbanidad!”. La respuesta de Mafalda no se hizo esperar: “afortunadamente nuestros padres nos urbanizaron... ¡sin pavimentarnos la naturalidad!”.

No pretendo creer que todo lo que debe ser un profesor lo somos. El mérito y la gracia están en intentar, y más que al lograr las metas se disfruta en su búsqueda. Es mejor viajar con esperanza que llegar, dice un viejo proverbio chino, y el verdadero

éxito está en el esfuerzo que se haga. La imaginación es más importante que el conocimiento, ya que el conocimiento tiene límites mientras que la imaginación abarca al mundo entero.

No podemos tampoco pretender que el camino que hemos recorrido hemos estado solos. A muchas personas debemos lo que hasta ahora hemos logrado, y nuestro agradecimiento será eterno, como eterna sería la enumeración.

Pero no podemos dejar de tener en cuenta a quienes nos han formado, apoyado o iluminado con su ejemplo. Nuestros profesores tienen todo nuestro cariño, gratitud y reconocimiento. Sin ellos no hubiéramos descubierto caminos, no nos habríamos levantado de nuestros tropiezos.

Nuestra razón principal de ser, nuestros pacientes, han sido también nuestros profesores. Nos han mostrado cómo se pasa de la teoría al ser humano. Cómo el entorno social, cómo las expectativas e ilusiones de un ser humano le dan vida y color al conocimiento. Y con su paciencia y tolerancia nos han enseñado cómo es de importante ver siempre al amigo en cada persona enferma o necesitada.

La Universidad nos ha apoyado. Nos ha brindado su hospitalidad. Nos ha respaldado. Y nos ofrece la confianza de que nunca va a dejar de valorar la entrega de un profesor, su carácter único y generoso, su combinación de actitudes intrínsecas hacia la docencia con la preparación cuidadosa y laboriosa. Nos ha dejado ver que por encima de aspectos administrativos o meramente financieros, un profesor vale para la universidad por su capacidad para hacer lo que es su esencia universitaria: estímulo a otros para la búsqueda de la verdad, para la formulación de preguntas que deben luego ser bien respondidas, con objetivos claros y relevantes: una mejor calidad de vida, un país más grande y una mente más libre, con más capacidad de vuelo y de imaginación.

Nuestros estudiantes son, en parte, como nuestros hijos. Nos alienta su interés, nos preocupan sus debilidades y dudas, nos entretienen sus cuestionamientos y nos estimula su iniciativa, su crítica y su trabajo. Nos entristece verlos confusos, desanimados o desorientados y nos corresponde guiarlos. Nos alegra profundamente su cariño, muchas veces distante. Una frase de despedida de un graduando tiene a veces más valor que mil cosas materiales. Les debemos agradecimiento profundo y deberíamos ser más explícitos en el beneficio que de ellos recibimos y en cómo engrandecen a la universidad con sus mentes frescas, irreverentes y curiosas.

Nadie ha hecho más por nosotros, sin embargo, que nuestras familias. Nadie ha aportado más a nuestras vidas y a nuestras mentes que quienes guiaron nuestros primeros pasos torpes y vacilantes en busca de ampliar nuestros horizontes.

Nadie nos ha dado más que nuestras esposas, con su paciencia por nuestras ausencias, por nuestra distracción mental. Nadie puede aportar más que ellas, que con su amor, apoyo y cariño nos estimulan día a día a ser mejores.

Pocos profesores tan profundos e incisivos como nuestros hijos con sus dudas, con su descubrimiento del mundo y con su mágica manera de ver, con ojos frescos e inocentes, nuestro mundo oxidado y lleno de prejuicios. Nuestro ser, nuestra actividad y todo cuanto hacemos tiene su base insustituible en la familia, que nos ofrece su calidez, que

nos recoge y apoya en los momentos grises, que nos ilumina con sus logros y con sus descubrimientos. Qué mejor ejemplo para quien quiere estimular mentes que la mente de un niño, inquieta y sincera, en su permanente búsqueda.

Mal haríamos en considerar la nuestra como una actividad hacia adentro de la universidad. Todo lo que hagamos busca tener impacto en nuestro mundo atribulado, con necesidades de salud y económicas pero con necesidades más importantes y apremiantes de tolerancia, de respeto, de paz y de armonía. Más que transmitir conocimientos, debemos generar actitudes y despertar sentimientos. Y siempre con el ejemplo. Recordemos: el profesor mediocre habla, el buen profesor explica, el profesor superior se constituye en un modelo de imitación. Pero el verdadero profesor, el maestro, es el que inspira.

Hace cientos de años, en una ciudad de Oriente, caminaba un hombre por las calles oscuras en una noche sin luna, llevando una lámpara de aceite encendida. Un hombre que pasaba lo reconoció y le preguntó:

—¿Qué haces tú, Guno el ciego, con una lámpara en la mano? ¡Si tú no ves!

Y el ciego le respondió: no llevo la lámpara para ver mi camino. Yo conozco la oscuridad de las calles de memoria. Llevo la luz para que otros encuentren su camino cuando me vean a mí... No sólo es importante la luz que me sirve a mí, sino también la que yo uso para que otros puedan servirse de ella.

Le pido unas palabras prestadas a Gabriel García Márquez. “Un gran novelista de nuestro tiempo se preguntó alguna vez si la tierra no será el infierno de otros planetas. Tal vez sea mucho menos que eso: una aldea sin memoria, dejada de la mano de sus dioses en el último suburbio de la gran patria universal.

Sin embargo, la sospecha creciente de que estemos en el único sitio del sistema solar donde se ha dado la prodigiosa aventura de la vida nos arrastra, sin piedad, a esta conclusión descorazonadora: la carrera de las armas”, el irrespeto a la ley y el uso de la fuerza “van en sentido contrario de la inteligencia.

Y no sólo de la inteligencia humana, sino de la inteligencia misma de la naturaleza, cuya finalidad escapa inclusive a la clarividencia de la poesía. Desde la aparición de la vida visible en la Tierra debieron transcurrir 380 millones de años para fabricar un tulipán, sin otro compromiso que el de ser hermoso; y se necesitaron cuatro eras geológicas para que los seres humanos fuéramos capaces de cantar mejor que los pájaros y de morirnos de amor. No es nada honroso para el talento humano, en la edad de oro de la ciencia, haber concebido el modo de que un proceso multimilenario tan dispendioso y colosal pueda regresar a la nada, de donde vino, por el arte simple de oprimir un botón” o de estallar una bomba.

“Para tratar de impedir que eso ocurra debemos sumar, con nuestro trabajo y ejemplo, nuestras voces a las innumerables que claman por un mundo sin armas y por una paz con justicia. Pero aún si ocurre—y más aún, si no ocurre— no será del todo inútil que hayamos entregado nuestras mentes y corazones en nuestro trabajo de formar profesionales y mejores seres humanos.

Dentro de millones de milenios, después de la explosión, una salamandra triunfal que habrá vuelto a recorrer la escala completa de las especies será quizá coronada como la mujer más hermosa de la nueva creación. De nosotros depende, hombres y mujeres de ciencia, hombres y mujeres de las artes y las letras, hombres y mujeres de la inteligencia y la paz, de todos nosotros depende que los invitados a esa coronación quimérica no vayan a su fiesta con nuestros mismos terrores de hoy.

Con toda modestia, pero también con toda la determinación del espíritu, propongo que hagamos ahora y aquí el compromiso de concebir y fabricar un arca de la memoria, capaz de sobrevivir al diluvio atómico; una botella de naufragos siderales arrojada a los océanos del tiempo, para que la nueva humanidad de entonces sepa, por nosotros, lo que no han de contarles los eternos lagartos: que aquí existió la vida, que en ella prevaleció el sufrimiento y predominó la injusticia, y que sepa y haga saber para todos los tiempos quiénes fueron los culpables de nuestro desastre, y cuán sordos se hicieron a nuestros clamores de paz para que ésta fuera la mejor de las vidas posibles, y con qué inventos tan bárbaros y por qué intereses tan mezquinos la borrarán del universo.

Pero también que sepan que conocimos el amor y la entrega, que ofrecimos con generosidad nuestras mentes y nuestro tiempo para buscar mejorar el futuro y hasta fuimos capaces de imaginarnos la felicidad”.

Nuestro compromiso como profesores es iluminar el camino de los demás, sin fijarnos si lo necesitan o no... Llevar luz y no oscuridad... Si todos encendiéramos una luz, el mundo entero estaría iluminado y brillaría día a día con mayor intensidad.

Demos ejemplo. Tenemos el poder de ser profesores: hablemos, expliquemos, seamos modelos de imitación, Pero, sobre todo, busquemos ejercer el bello arte de inspirar. Luz... demos luz...

Tenemos en el alma el motor que enciende cualquier lámpara, la energía que permite iluminar en vez de oscurecer... Está en nosotros saber usarla... Está en nosotros ser luz y no permitir que los demás vivan en las tinieblas...

*Álvaro Ruiz Morales
Profesor titular de medicina interna
Pontificia Universidad Javeriana*